

## LA GRITA PIONERA

Por RAFAEL MARÍA ROSALES

El pequeño valle es un sueño suspendido en la sonrisa luminosa de juguetona neblina. Cuatro macizos son la elegía en estrella de la meseta apretada en los gritos de la estirpe. Así los páramos pregonan el poema de nubes escrito en azules cántigas por el Río Grande y el Agua Día en cada amanecer de los bravos humogrías, los mismos que acunaron la fe y la voluntad futuras de la hermosa ciudad que, según el histórico y elegante decir de Antonio Arellano Moreno, “es cuna de héroes, asiento de revoluciones, forjadora de caudillos, formadora de generaciones” y también —decimos nosotros— ágora y ateneo del pensamiento y del arte regionales.

En la claridad de la visión del paisaje gritense sobresalen esos cuatro macizos con la más rotunda devoción venezolanista en la hora de trazar y de hacer la historia del occidente patrio, como afirmación de la grandeza y de la sensibilidad del alma nacional. Entonces los páramos El Batallón, La Negra, El Rosal y Santo Domingo son la proyección misma de la lumbre tachirense y las estribaciones de Alto Duque, La Espinoza y El Calvario recogen los violentos de la heredad indígena y los entregan siglos después a la forja de los caminos con el amor y el espejo de la ciudad abierta a las emociones y a las realidades de un Táchira heroico y culto.

Fray Pedro Aguado nos habla del valle de la Grita, en la Nueva Granada, donde Gonzalo Jiménez de Quesada y sus gentes descansan “sus personas como sus jumentos y caballos de las hambres y trabajos que en el atravesar las sierras de Opón habían tenido”. Es la noticia escueta dada por el primer historiador de Venezuela y de Colombia. El Capitán Francisco de Cáceres estará allí y fundará una población. Ya antes ha conocido, de paso, en Venezuela, la manera de fundar y de poblar. Este bizarro y altivo Capitán aragonés para unos y segoviano para otros —como lo comenta el poeta-historiador Lucas Guillermo Castillo Lara— había salido de España, luego de estar en Flandes, ser prisionero de los turcos y huir de Constantinopla. En nuestro libro “Los Andes en la Historia de Colombia”, insertamos tres Cédulas Reales y una representación del Capitán Cáceres, en las cuales constan incidencias del fundador de la ciudad de La Grita en el valle tachirense del Espíritu Santo, pues tanto en la Nueva Granada como en Venezuela hubo un valle con el mismo nombre y contaron con la presencia del Capitán Cáceres los dos, aun cuando hay una insinuación del poeta de las “Elegías de

Varones Ilustres de Indias”, Don Juan de Castellanos, de otro valle con el mismo nombre. Este, seguramente, es cantado por el viajero-poeta en constancia de sus observaciones históricas.

Luego de participar en el desastre del fundador de Cumaná, Don Diego Fernández de Zerpa, en mayo de 1570, encontramos a Cáceres en El Tocuyo y en vía hacia el norte de las Sierras Nevadas. Pasa por la acuarela de vahos, neblinas y rumores enclavada en los cuatro páramos de la sonoridad de los humogrías y en 1571 llega a Santa Fe donde la Real Audiencia ve con indiferencia sus credenciales. “Se ocupa en diversas faenas de guerra —lo escribe Castillo Lara—, desde sacrificar a los indios hasta descubrir minas de oro. Camina por el pueblo de la Trinidad de los Muzos, las vertientes del río Grande, las naciones indias de Cachipaes y Pantagora”.

Jiménez de Quesada anda molesto con la invasión a sus predios del Capitán Francisco de Cáceres. La Real Audiencia, por supuesto, acude en apoyo del fundador de Bogotá. Cáceres no quiebra la visión de los horizontes ni deja borrar la huella de los caminos. Va a la cordillera de Guatavita donde existen hasta diez o doce mil indios no conquistados, como lo dice Fray Pedro Simón, y “para cuya doctrina se había ofrecido entrarse en ellos”. Es porque las minas le atraen como forma de conquista halagüeña. “No encuentra minas —dice Castillo Lara—, pero funda un poblado con el nombre de Espíritu Santo a principios de 1573”.

No le son propicias al Capitán Cáceres las auras granadinas, no obstante, según sus propios razonamientos, los servicios dados a su Majestad. En España está vinculado a la Corte su hermano Alonso, quien ha “sido designado Secretario de Cifra del Rey de España para el Reino de Nápoles”. Cuando el 3 de junio de 1573 hace del conocimiento de la Audiencia su obra fundadora, ésta instruye al Capitán Montalvo para aprehenderlo. Al fundador de La Grita no le alcanza la turbulencia de la amenaza. Su perspectiva estratégica está untada con la humedad y la belleza del paisaje y con la perseverancia de las jornadas. Vuelve a España y posiblemente lo hace por la ruta venezolana, a fin de evitar el rastreo de la persecución. Vuelve a pasar por el encantador valle de los humogrías y el mismo ensalma su espíritu aventurero y, por lo mismo, al volver con poder Real fija en él el asiento definitivo de su extraordinaria acción civilizadora.

Regresa, pues, el Capitán Cáceres de España, y porta la misión de continuar la fundación y poblamiento de pueblos. Es cuando decide quedarse en la limpia e inclinada meseta del Agua Día y realiza su mejor hecho de Capitán y “Padre de Pueblos”. Así el día de Pentecostés del año de 1576 funda la principal ciudad tachirense y la hace prontamente cabeza de Gobernación de La Grita, del Correimiento de Mérida y La Grita, y de la Provincia de Mérida y La Grita.

En verso de tersa intención Don Juan de Castellanos nos deja la referencia histórica:

*“Pues como en otra parte se recita,  
Cazares ha poblado por un canto  
El valle que llamamos de la Grita,  
Y a la ciudad del Espíritu Santo;*

*y siendo la distancia bien descrita,  
Son sobre quince leguas otro tanto,  
Y adonde si por Cúcuta navega  
A su gobernación muy presto llega”.*

En el trabajo del Hermano Nectario María sobre los Gobernadores de las antiguas Provincias de Venezuela, basado en investigación realizada en el Archivo General de Indias, del cual obtuvimos una copia por si alguna vez podemos publicarlo, hallamos la siguiente información sobre el fundador de La Grita: en 1573 obtiene Cédula Real para poblar y fundar; en 1576 “funda la ciudad de La Grita con 40 soldados (carta del 27 de julio de 1576 de la Real Audiencia). Cáceres “llegó perdido... a medianoche del Domingo de Lázaro se le amotinó, se fue a poblar en aquel valle de La Grita e hizo cabeza de su gobernación”. Esta Gobernación pudo ir más allá del contorno occidental, pues como lo dice Castillo Lara “Don Francisco soñaba en el papel y visualizaba con su imaginación una Gran Gobernación del Espíritu Santo de La Grita de Maracaibo, desde los llanos del Vichada al Mar Caribe”.

Por Cédula Real del 26 de mayo de 1580 el Rey Don Felipe II le da el título de Gobernador y Capitán General con todas las facultades para determinar sobre las causas criminales y civiles, y designar su sucesor. Esta es la razón por la cual su sobrino Andrés Calvo de Cáceres es Gobernador de La Grita en 1590. Por supuesto hay oposición a la Gobernación de Calvo de Cáceres y éste, para defender su herencia, va al Consejo de Indias y muere en España. En el mismo año la Audiencia de Santa Fe nombra Gobernador de La Grita a Juan Velásquez de Velasco, pero el Consejo de Indias lo rechaza al dictaminar “que el derecho de sucesión por segunda vida había terminado en Andrés Calvo de Cáceres”.

La Gobernación de La Grita tuvo una importancia excepcional y en el primer momento comprende a La Grita, Barinas y Pedraza. El primero de mayo de 1607 Juan de Borja crea el Corregimiento de La Grita y designa cabecera a la ciudad de Mérida y nombra al Capitán Pedro Vanegas, quien probablemente no puede tomar la dirección de la Provincia, pues en carta de D. Juan de Borja dice es nombrado Antonio Beltrán de Guevara, el 30 de mayo de 1607 primer regidor.

Al crearse la Provincia de Mérida y La Grita es nombrado Gobernador Juan Pacheco Maldonado el 3 de noviembre de 1622, “con la condición de que se encargaría de la provincia de Mérida y La Grita que se creaba en su favor para que sometiera a los indios motilones, al terminar el período del corregidor Juan Pacheco Velasco”. Toma posesión Pacheco Maldonado el 6 de agosto de 1625. De esta manera continúan turnándose los 54 Gobernadores habidos en la Provincia de Mérida y La Grita hasta el 8 de abril de 1818. En la nota explicativa del Hermano Nectario María conocemos que los Gobernadores de 1622 a 1677 son designados como Gobernadores de la Provincia de La Grita. En 1677 es nombrado el Maestro de Campo Antonio de Vergara y por primera vez se dice: Gobernador de Mérida, de La Grita y ciudad de Maracaibo. Desde esta fecha hasta 1751 se distinguen como Gobernadores de la Ciudad y Provincia de Maracaibo. Fácil es comprobar cómo la influencia del Capitán Francisco de Cáceres perdura un siglo.

Ampliamente es conocida la historia de La Grita en la enjundiosa y elegante escritura del poeta-historiador, Dr. Lucas Guillermo Castillo Lara y en los apuntes de algunos valiosos gritenses como Emilio Constantino Guerrero, Antonio Arellano Moreno y algunos más como el silencioso Raúl Salcedo. Entre los escudriñadores del pasado gritense no puede olvidarse al Dr. Martín Lares Gabaldón. Señalamos en esta emocionada recordación de la ciudad que tanto admiramos, algunos de sus principales hechos porque difícilmente las ciudades interioranas de nuestro país, tienen o pueden mostrar una trayectoria más hermosa y significativa en la proyección del destino nacional, como La Grita. En nuestro libro ya nombrado "Los Andes en la Historia de Colombia", bautizado precisamente en La Grita, observamos algunas de sus recomendables y admirables características, e igualmente en otros escritos nuestros.

Cuando en 1579 llega el franciscano Juan de Maqueda con otros frailes a fundar el primer Convento tachirense, a solicitud del Capitán Francisco de Cáceres, uno de los viajeros en función misional —el Padre Orellana— funda también en La Grita la primera Escuela de Pintura en Venezuela. A través del tiempo hemos conocido algunos de los pintores que han dado y siguen dando lustre a la con justicia llamada "Atenas del Táchira". Los Escalante, los Melani, los Olivares, los Baptista, los Zapata, tantos más, son los continuadores de la vigencia artística gritense. Luego del terremoto de 1610, cuando los franciscanos deben refugiarse en Tadea, Fray Francisco talla, como voto sacramental por el bien de la ciudad envuelta en las gasas del ingenio, un Cristo cuyo rostro terminan los ángeles nocturnos con el esplendor del milagro. Desde entonces el Santo Cristo de La Grita es, con la renovada imagen de la Consolación de Táriba y el iluminado Santo Cristo del Limoncito, la fe del pueblo regional plasmada en la devoción que no podemos transferir.

El contorno se expande con la magia del color y de la exuberancia. La tierra prontamente es manadero de riqueza como para recomendar la entrega de los nativos a la labranza y el arte. Menestrales y campesinos rinden su satisfacción en el éxito de las cosechas "de cacao, tabaco y ganado", sin olvidar la producción de mulas exportadas hasta el Perú, la explotación de las minas de Seboruco y las del Cobre. Es un laborar sin tregua porque la pujanza de la región así lo exige. Los indígenas son un ejemplo de continuo hacer a pesar de las molestias de las ondas caribes y la repercusión del sometimiento esclavista. Los motilones frecuentan "sus correrías y alzamientos" desde Gibraltar y todo el macizo paramero hasta más abajo del páramo del Zumbador, respetando solamente a los capachos. La región gritense es un emporio y un camino hacendoso señalado como atracción a la avaricia extraña. Recuérdese la muerte del comerciante en ganados de apellido Villarroel, quien traza la vía de las Porqueras hacia la Nueva Granada y es muerto con la gente que le acompaña, en la cuesta del Cobre y solamente se salvan quienes pueden huir por el sitio de la Tura. Esto es antes de 1570 o sea que cuando pasa por primera vez Francisco de Cáceres por el valle de la esperanza occidental, hacía poco que el ganadero español moría y se perdían sus 400 reses.

Al elaborar don José de Abalos el Instructivo regulador de la Intendencia venezolana, establece penosas imposiciones a la agricultura para responder al

apuro de España por sus dificultades fiscales y administrativas, y es nombrado Intendente en 1777. En La Grita se hace más fuerte y más despótico José Trinidad Noguera y Neira, un soberbio criollo al cual no le faltan nunca ganas de exprimir al pueblo con el cobro tiránico de los tributos. La situación es cada vez más conflictiva para los residentes de la ciudad y campo gritenses. Es por ello por lo que el Cabildo de la ciudad de las neblinas se dirige al Gobernador de Maracaibo y demanda una reconsideración de las alzas, modificaciones y nuevas cargas impositivas. El 22 de julio de 1779 —día memorable en la historia americana— es al Intendente Abalos a quien oficia para reprochar —como ya dijimos— los nuevos impuestos y exponer razones para obtener mejor trato para los pobres y mayor lucidez y consideración al recabar los tributos ya intolerables para la comunidad. La actitud del Administrador de la Real Hacienda en La Grita, Noguera y Neira, es apabullante. Los nativos de La Grita y algunos vecinos de Bailadores envían un Memorial de agravios al Contador José Jiménez y Navia, encargado de la Real Hacienda en Maracaibo. En el mismo reclaman el aumento de los impuestos y se pide la destitución del abusivo Administrador gritense. La exigencia escrita produce la primera manifestación popular con pretensiones autonomistas y constituye el primer gesto comunero en la parte norte de América sureña. Es porque ese día se oye el grito itinerante en tres pueblos hispanos, lanzado gallarda y decididamente por el célebre prócer gritense Juan José García de Hevia, dos años después Capitán General de los Comuneros venezolanos y no merideños, pues la primera acción en los años de 1779 y de 1781, tiene —lo hemos de repetir— iniciativa, tierra y hombre tachirenses. Tal grito conmovedor y precursor integra la actitud americana del eje La Grita-Tinta-El Socorro y es uno de los hechos no solamente más impactantes sino reales en el hacer de la historia venezolana. Si el historiador tachirenses Vicente Dávila llama “Comuneros de Mérida” a los forjadores de la primera intentona revolucionaria de 1781, es porque todavía no conocía el suceso notable de 1779 y porque olvida que La Grita tiene mayor figuración política e histórica que Mérida, en la era comunera, lo cual es logrado e impuesto por el Capitán Francisco de Cáceres. Es La Grita, entonces, la pionera del movimiento comunero en Venezuela, en el Perú y en la Nueva Granada, como lo es, igualmente, de la restauración de la segunda república. Veamos:

Los matices y las luces son la alegría del paisaje en la nostalgia de los vientos que doran las mejillas de los labradores y de la mujer que toma en sus manos las auroras y dibuja en la densidad de la niebla el humo salido de su fogón diligente y la variedad de los colores de la jardinería hogareña y campesina. Los surcos aumentan, lo mismo que los cultivos, la fe agrícola; y la montaña desgaja su fertilidad en cada colina, valle y bajo de la geografía ululante y de las vaporosas brisas.

Por el camino del páramo de La Negra viene un viajero con el mensaje de la libertad. Es Luis María Dávila. Las voces del Cabildo con atuendo colonial enronquecen la discusión con el júbilo del mensaje. José Antonio Guerrero, José Enrique Rojas, Antonio María Guerrero y Antonio Miguel Mora con varios vecinos declaran su adhesión a la Junta Patriótica de Mérida, y otro García de Hevia

—José Ignacio— aparece firmando el Acta de Independencia de La Grita el día 11 de octubre de 1810.

Al promulgarse la independencia venezolana el 5 de julio de 1811, aparece el Padre Manuel Vicente Maya, Diputado por La Grita, firmando condicionalmente el Acta de ese día. Debe quedar bien claro que aun cuando el sanfelipeño Maya argumenta razones jurídicas —en este caso influido por el Arzobispo Martí y la pesadez realista— para no aceptar la firme resolución venezolana de su independencia, no es La Grita, no es el Táchira, quienes se oponen sino la eventual presencia del dicho Diputado, el cual emerge de la coyuntura civil y religiosa al negársele el derecho al Padre Pedro Vicente Casanova de ser el representante por La Grita, cuando la suerte decide que el Padre Quintana vaya como Diputado por Achaguas. En varios libros nuestros explicamos esta incidencia circunstancial. La Grita ha sido y es siempre pro-independentista.

Es el año de 1813. Por la ruta del Zumbador marcha sobre una “mula orejona”, quien viene con el triunfo de las jornadas del Magdalena. Es Simón Bolívar, quien llega a La Grita el día 17 de abril. Manuel del Castillo ha renunciado la segunda jefatura de la expedición fronteriza y es Francisco de Paula Santander quien comanda, como Sargento Mayor a las huestes disgregadas e indisciplinadas que cuatro días antes han derrotado al español Ramón Correa en el campo de Angostura. Una arenga desde el balcón histórico de la hoy Casa-Museo de la Grita atempera la desazón y la discordia del ejército desmoralizado. Luego el visionario universal retorna a Cúcuta. Espera la autorización del Gobierno de La Unión para venir a rescatar la República venezolana.

El 15 de mayo de 1813 vuelve Simón Bolívar a La Grita. Esta vez impone su autoridad de Brigadier al insubordinado Sargento Santander. Con Urdaneta, José Félix Ribas, Atanasio Girardot, Luciano D'Eluyar y demás oficiales venezolanos y neogranadinos entrena quinientos hombres dados por los Cuatro Cantones tachirenses, organiza su Estado Mayor y el 19 de mayo la América mestiza se impone del resonante comienzo de la Campaña Admirable en los predios de los humogrías. Desde luego es La Grita la pionera del rescate republicano y la estrella de benignidad para la emoción de la patria que burila en su corazón atormentado el título de Libertador para el Genio caraqueño.

La independencia es clarín victorioso y el heroísmo gritense es inconfundible en el correr de la gloria y el sacrificio. Francisco Javier García de Hevia —hermano de Juan José— es clamor de redención en la meseta santafereña, donde anda Pablo Morillo silenciando las voces de la independencia. Por ello el prócer civil de mayor altura regional es fusiado el 6 de julio de 1816 en Bogotá. La Grita debe rescatar digna y conscientemente estos ennoblecedores hechos en el bronce y en el mármol del recuerdo, pues ningún otro pueblo nuestro puede mostrar obra de extraordinaria realidad patriótica semejante.

La vía fluvial Orinoco-Apure-Uribante es lecho de confianza para su Exce-lencia el Presidente de la Gran Colombia. El 7 de febrero de 1820 llega a San Cristóbal por la antigua Sabana y se hospeda en la casa de la heroína tachirense María del Carmen Ramírez de Briceño. Debe visitar nuevamente a La Grita a

mediados del dicho mes de febrero del año citado, pues como lo decimos en nuestro libro "El Libertador en la frontera", esta vez obedece al deseo de ver las tropas que vienen de Bailadores, al parecer en no muy buenas condiciones. Bolívar ya cuajado como gran militar, estadista y estratega, en siete años de intensa dedicación guerrera, de zozobras y triunfos, advierte cómo La Grita es importante flanco estratégico militar geográficamente. Esta es la razón por la cual establece una línea defensiva entre La Grita, Lobatera y San Cristóbal. Es porque la misma obstruye la mavilización realista de Mérida, Maracaibo y los Llanos. Esta misma realidad la acepta Pablo Morillo y, por lo mismo, instruye al General Miguel de La Torre a fin de no perder el control de La Grita. Bien vale la pena que militares venezolanos estudien a fondo esta particularidad, como ya lo hizo el General colombiano Alvaro Valencia Tovar.

El esplendor político, civil y heroico de La Grita pervive en la grandeza de su pasado y sus estribaciones prosiguen la renovación de las cosechas como fundamento de su influir regional. La vida gritense es regalo de entrega al trabajo y multiplicación de su reserva espiritual. Nuevos cultivos dan calor a la tierra y nuevos matices a la policromía y todos tienen "las manos ardidadas en la extraña luz del alba" —en el lírico decir de Manuel Felipe Rugeles— y todos los brazos sostienen las "corolas sobre el viento". Con las cosechas se renuevan las esperanzas y también la tierra de las espigas del hacer espiritual.

En 1882 el Dr. Francisco Antonio Guerrero funda el Centro Literario y éste sirve de estímulo al cultivo de las bellas letras así como a la formación del célebre Colegio "Corazón de Jesús", donde el carácter y el espíritu del ilustre trujillano Monseñor Jesús María Jáuregui Moreno, modela Bachilleres que posteriormente forjan la verdad civilizadora del occidente nacional y son la mejor recomendación de la política nacional en la proyección de ciclos perdurables en el análisis de la historia. Este Colegio "Corazón de Jesús" que ahora conmemora el centenario de su fundación, merece el homenaje digno y sincero del Gobierno Nacional a través del Ministerio de Educación, de la Asamblea Legislativa del Estado, de la Gobernación estatal, de la Municipalidad gritense y del pueblo todo del Estado Táchira, por cuanto este Colegio fundado por Monseñor Jáuregui Moreno constituye una de las empresas educativas e intelectuales de mayor dimensión en la provincia venezolana. Su Director y fundador a más de apóstol, orador y escritor excelentes, es un educador cuyas virtudes plenán la prestancia de La Grita como ciudad fundadora de empresas poblacionales, artísticas, civilizadoras y fundamentalmente de heroicidad precursora. De ahí el que sea muy plausible el propósito del Comité de ex-alumnos del Colegio "Corazón de Jesús" y merezca el apoyo total de cuantos queremos con la más cordial simpatía y sincera admiración a la noble ciudad de La Grita. La realización de un Foro "Pro-Defensa de la Ciudad de La Grita" debe alcanzar una trascendencia singular y sus resultados deben responder a la necesidad imperiosa de rescatar, actualizar y proyectar la trayectoria histórica, cultural, social y política de La Grita, así como sus valores humanos y el ánimo limpio de su juventud, pues son indispensables las generaciones de relevo para reafirmar la potencialidad sin vicios de un liderazgo que genere los mejores proventos para el Táchira.

Al Liceo Militar Jáuregui, por la responsabilidad de su nombre y de su actividad docente, corresponde una actitud ejemplar en esta hora incierta en cuanto a una posible equivocada disposición al pretender eliminar una obra de beneficio educativo y económico para la región. Hasta ahora ha rendido una tarea edificante y ha permitido una evolución favorable al buen nombre de La Grita y de la juventud. En vez de limitar los alcances de su obra debe expandir ésta y ojalá pueda ser pronta la realidad a la cual aspira la comunidad jaureguíña, como lo es su conversión en Instituto Tecnológico Universitario con todas sus disciplinadas dependencias y facilidades. Este podría y debería ser el mejor homenaje al centenario del afamado Colegio "Corazón de Jesús".

Estos apuntes nuestros no son, ni pretenden ser, una apreciación valorativa de la evolución histórica de la ciudad de la neblina y de la luz. Simplemente se trata de un comentario al voleo como estímulo a quienes han de ahondar en la verdad de la importancia y de la trascendencia de La Grita, en momentos de la exactitud del recuerdo cuando se conmemora otro hecho extraordinario gritense como lo es el centenario del Colegio cuya huella es la fuerza misma del adelanto cultural ya no del Táchira sino del occidente venezolano. Y es por la luminosidad de tal hecho por lo que La Grita debe rescatar la lumbre de su trayectoria heroica y civilizadora, y con la sangre de su espíritu restaurar aquel Ateneo de vivencias artísticas y culturales que fue la casa hogareña de Isaura, la mujer que pudo liberar a su sexo de las ataduras de la inercia y convertir su fogón espiritual en fuego de iniciativas, tertulias y cordiales preocupaciones literarias. Este es el reto gritense en el año centenario del Colegio "Corazón de Jesús".

Las presentes generaciones del Táchira no pueden sumirse en la espera de lo que otros digan o hagan. Son ellas, las generaciones presentes, las que deben dar toda la energía de su alcance evolutivo para no solamente señalar sino fijar las etapas de una trayectoria renovada y superada. La Grita, como pionera, debe dar nuevamente el grito de la permanencia del diálogo, del auspicio de las tareas culturales y de la recuperación del liderazgo extraviado por la indiferencia. Sus gentes todas, sus Colegios, su Liceo Militar Jáuregui, su Centro de Historia y su juventud abierta a todas las corrientes de la vida institucional venezolana, tienen la palabra para la acción inmediata.